

**EL TIEMPO**MÁS INFORMACIÓN:
PÁGINA 61**BURGOS**

Despejado de madrugada con ambiente frío, luego sol por la mañana y nubes altas para esta tarde.

TEMPERATURAMÁXIMA ▼ MÍNIMA ▼
25° 8°**HR A 12H**▼
65%**VIENTO**▼
Variable**ARANDA**

Soleado y con subida de las temperaturas diurnas.

**MIRANDA**

Nieblas al amanecer y luego soleado, con más calor.

PERSONAJES A LA ÚLTIMA



MARÍA JOSÉ CASTAÑO

EL BARCO Y EL RÍO

**TINO BARRIUOSO**

Mirando correr el río/ le dije, casi en silencio/: vas a tener que andar mucho/ para ganarle a mi sueño»... María José, que canta muy bien, que toca la guitarra, acaso conozca esa preciosa balada del Cholo Aguirre, que tanto la define.

Ésta es la historia de una niña que se perdía en el río, que se encontraba en el río. No en sus aguas (no es una sirena): en su misterio. El río, ya lo dijo el maestro Manrique, es una metáfora de la vida del hombre: no sólo en ese final plácido y ancho que es el morir. Lo es también en la bravura indescifrable de su curso joven, con sus rabiones, con sus crecidas impetuosas, con sus remolinos. La niña adoraba a su familia: un velero que se guiaba por las estrellas y que todas las noches partía decidido a arribar en Puerto Rico, en su viejo San Juan. Eran los niños Castaño, todos con enorme talento y con alma de artista; y tuvo que ser ella, la pequeña, la que tomara los pinceles, el timón de la nave de los sueños, para hacer de su vida ese improbable encuentro con las lejanas costas de Borinquen.

Pero la isla se mueve. Miren qué cabeza loca/, poner sus ojos en mí/, yo que siempre ando de paso/ no puedo hacerte feliz. Es el mismo Cholo Aguirre, y ésta vez el bardo se equivocaba, como la paloma de Alberti. El hombre es una pasión inútil: si no hay pasión no hay ser humano, hay un asentamiento de letras y números, de conformidad y caldo de la olla, pero no un ser humano: aquel amor imposible que escribía desde Santa Fe al cantor acaso no encontrara la felicidad (la isla se mueve) pero encontró su destino. La niña que se perdía en el río, porque el río le decía cosas al oído, la niña que sacaba su cuadernito y tomaba un apunte de aquella furia azul y aquel verdor de primavera, desesperada porque no sabía dibujar el sonido, encontró su destino en las orillas cambiantes de su amigo secreto: aquel gigante que rugía y que se volvía niño para hablar con ella.

De toda la memoria sólo vale/ el don preclaro de evocar los sueños, dejó dicho Machado. Hay una pintura de la perfección y hay una pintura de lo presente y de lo negado, aquello que hace cantar al ser humano. Dicen que Van Gogh veía antes los colores que las formas: María José, maestra absoluta del color, se ve a sí mismo mirando desde la orilla, escuchando lo que no cabe en el lienzo. Aquella niña hizo lo que todo aprendiz, estudiar, y después hizo lo que todo artista: ser libre. Recuerdo una exposición en la impagable Paloma 16, unos encontronazos de colores aparentemente imposibles, absolutamente felices. «¿Quién es?», le pregunté a Mara. «La tienes que conocer: una pintora joven muy interesante». Era ella.

Hoy, unos años más tarde, la joven pintora sigue teniendo el encanto de las novicias y la madurez de Tiziano. Mucho más interesante que conocida, porque todo el mundo sabe quién es pero espera que alguien del Sanedrín se atreva a decir la palabra mágica, que es 'compreñ' (compreñ que se dispara, compreñ que va a subir, no importa que usted no vea nada, compre...), María José navega las duras aguas de la crisis con su sonrisa de gorrión y sus manos de panadera, esas manos que conocen a Dios. A veces conversa con el río, con el que se ha vuelto a encontrar: él se ha ido haciendo mar y ella se ha embarcado de nuevo. Es un barco brillante, salido de los mejores astilleros, y la capitana, al borde el almirantazgo, sigue empeñada en arribar un día a las costas lejanas de su viejo San Juan.